

lo que vosotros vais á hacer por la nueva dicha, este caballero está encargado de ampliarlo todavía.

Y señalaba al recién nacido, á Ludovico, en brazos de Susana, tan contenta con ser abuela, y dijo ésta:

—Por lo pronto, ya es muy juicioso, porque duerme. Más adelante, querido Lucas, le casaremos con una nieta de usted, y así será la reconciliación completa; todos los combatientes de ayer unidos y aplacados en su descendencia; ¿quiere usted? Desde hoy quedan celebrados los esponsales.

—¡Vaya si quiero! Nuestros biznietos activarán nuestra obra cogidos de la mano.

Pablo y Antonieta, conmovidos, se habían abrazado, mientras Boisgelin, que no atendía, contemplaba el Parque, su antiguo señorío, con aire triste en que ni amargura había; tanto mundo nuevo le trastornaba, le hacía imbécil. Y continuó por las umbrías el plácido paseo.

Pero el porvenir se iba realizando un poco más cada día. Al volver á la Guerdache se detuvieron un momento, ante la fachada, á la izquierda de la escalinata, bajo las ventanas de la estancia en que el señor Jerónimo había muerto. Desde allí, entre las copas de los grandes árboles se distinguían á lo lejos los tejados de Beauclair, después la Crécherie y el Abismo, reconstruido por el modelo de la Crécherie, formando con ella una misma ciudad de trabajo reorganizado, ennoblecido, que era ya orgullo, salud, alegría. Cada mañana nacían más amor y justicia. Y la ola de las casitas risueñas entre el verdor, aquella ola que Delaveau, alarmado, había visto avanzar siempre, acababa de invadir los antiguos terrenos negros, ensanchando sin cesar la ciudad futura. Ahora llenaban todo el espacio, desde la falda de los Montes Bleus hasta el Mionna; pronto iban á saltar la estrecha corriente, para barrer al viejo Beauclair, el montón sórdido de casuchas de servidumbre y agonía. Y seguían avanzando más y más, construyendo piedra á piedra, bajo el sol fraternal, hasta los campos fértiles de la Rumaña, la ciudad al fin libre, justa y feliz.

nueva religión de la humanidad. En su hogar por el amor ya había borrado en los años que siguieron el recuerdo del Abismo. Lucas se hacía comprender en ellos. De vivir fuera de su hogar, tenía encontrado á Lucas, que había de ser su hijo. En tanto, en casa de los

Mientras la evolución llevaba á Beauclair á su nuevo destino, el amor intervenía con fuerza irresistible, joven, alegre, victorioso; por todas partes matrimonios que acercaban las clases y traían más pronto la armonía, la paz final. El amor destruía los obstáculos, apasionado de la vida, alegre á la luz del sol en la dicha de ser, de engendrar más cada día.

Lucas y Josina habían dado el ejemplo. En seis años tres hijas y dos hijos. El mayor, Hilario, nacido antes de la ruina del Abismo, ya tenía once años. Cada dos, venían los demás: Carlos, de nueve, Teresa, de siete; Paulina, de cinco; Julio, de tres. Jugaban, reían y esperaban el porvenir en el antiguo pabellón que se había ensanchado. Como Lucas decía á Josina, su cariño constante lo mantenía aquella fecundidad, que era un triunfo: á cada hijo, era más suya. La antigua amante por quien había luchado, héroe conquistador, hacía lugar hoy á la madre, rodeada de sus hijos en aquel hogar porque combatía ahora Lucas, dominador pacífico. Pero aun así, el amor no envejeció, seguían siendo amantes, vivía la llama eterna, alimento del mundo. Ningún hogar tan alegre, lleno de niños y flores. Si Josina recordaba el triste pasado, la caída que la amenazó, era para arrojarle al cuello de Lucas con gratitud inagotable, mientras él, conmovido, la quería más, por haberla salvado. Se amaban, pero también decían:

—Hay que amar á los demás como nos amamos, la misma llama junto á todos los seres; nuestra dicha de amantes y de esposos, no podría durar más que en la dicha de todos. Divino amor, pues nada puede vivir sin ti, ayúdanos á acabar nuestra obra, inflama los corazones, haz que todas las parejas de la ciudad amen y engendren, en la universal dilección que debe unirnos á todos.

Esta era la que llamaban, riendo, la oración de la

nueva religión de la humanidad. En su hogar perfumado de cariño, la flor de amor ya había florecido, en los años que siguieron al incendio del Abismo. Nanet, que se hacía hombre, vivía con ellos. De viva fuerza, emprendedor, tenía encantado á Lucas, que hacía de él su discípulo predilecto. En tanto, en casa de los Jordán, que vivían cerca, crecía Nisa, amada por Scurette, que la había recogido después de la catástrofe, contenta con aquella hija adoptiva. Viéndose los jóvenes todos los días, llegaron á vivir el uno por el otro. Sus esponsales, en rigor, se habían celebrado en la infancia, en los días lejanos en que el amor niño los hacía jugar juntos, desafiar castigos y saltar muros para verse. Eran entonces rubios, rizados como corderos, reían con la misma risa argentina y se abrazaban sin saber que mundos enteros los separaban, á ella la burguesa hija del patrono, á él, pilluelo de la calle, el hijo pobre del miserable trabajo manual. Vino después el incendio, que les fundió en una misma carne, salvada Nisa en brazos de Nanet, ambos cubiertos de quemaduras, en peligro de muerte. Y hoy todavía eran rubios, rizosos, reían como siempre, emparejados; mas ella era ya una mujer, él un hombre, y se adoraban.

El idilio duró aún cerca de siete años, mientras Lucas hacía de Nanet un hombre de provecho, y Scurette ayudaba á Nisa á hacerse más hermosa y más buena. Tenía ella trece años cuando ocurrió la espantosa tragedia de su padre y de su madre, cuyas cenizas no parecieron ni bajo los escombros. Mucho tiempo duró en ella el terror de la desgracia. Todavía se esperó, para decidir el matrimonio, á que tuviese veinte años y su elección fuera del todo libre. Además, tampoco Nanet le llevaba apenas tres años, y aún era aprendiz. Alegres, juguetones, no tenían prisa. Les bastaba esta alegría común. Se veían todas las tardes y se contaban su vida, sucesos ordinarios, pura nada, siempre lo mismo. Se cogían las manos, así estaban horas, este era el gran placer, y después un beso fuerte al separarse. No faltaban sus nubecillas; Nanet encontraba á veces á Nisa muy orgullosa y autoritaria; hacía la princesa, como él decía. Era, además, muy

coqueta, le gustaban los vestidos hermosos y las fiestas en que los lucía. Ser hermosa no estaba prohibido, al contrario, había que ser siempre lo más hermoso que se pudiera; lo malo era echar á perder la belleza despreciando á la genticilla. Nisa, en quien revivía algo de su voluptuosa madre y del padre despótico, se enfadaba primero, y creía probar que era la perfección misma. Pero luego se rendía, se humillaba por agradar á Nanet, á quien adoraba. Y si no lo conseguía del todo, que solía suceder, decía riendo que su hija, si la tenía, sería mucho mejor, porque hay que dejar á la sangre de los príncipes de este mundo tiempo para hacerse democrática en una descendencia cada vez más fraternal.

Por fin, al llegar Nisa á los veinte años y Nanet á los veintitrés, fué la boda, deseada, prevista, esperada. Y como este matrimonio, la hija de los Delaveau casándose con el hermano de Josina, ya mujer de Lucas, apagaba todos los odios, consumaba el pacto de alianza, se le quiso glorificar con una fiesta que fuese el perdón del pasado, la entrada radiante en el porvenir. Habría cánticos y bailes sobre el mismo terreno del antiguo Abismo, en uno de los talleres de la nueva fábrica reconstruida, como prolongación de la Crèche. La ciudad industrial, que ahora ocupaba hectáreas y más hectáreas y seguía creciendo.

Lucas y Scurette lo dirigieron y organizaron todo y fueron testigos de la boda; él de Nanet, ella de Nisa. Querían un triunfo brillante, la victoria de la ciudad, de la paz y el trabajo. Conviene que los pueblos tengan sus grandes regocijos; la vida pública necesita muchos días de belleza, alegría y exaltación. Se escogió el taller inmenso de la gran fundición con sus martillos monstruosos, sus gigantescos puentes, sus grúas móviles. Las nuevas construcciones, ligeras, de acero y de ladrillos, eran limpias y sanas, claras y alegres con sus grandes vidrieras que esparcían olas de aire y de luz. Todo se dejó en su sitio, pues no había decorado mejor para la fiesta del trabajo triunfante que estas máquinas gigantescas con su perfil de líneas poderosas, de una belleza soberana, toda lógica, seguridad y fuerza. Pero se las adornó con

folllaje, se las coronó de flores, en homenaje, como los antiguos altares. Era el florecer del esfuerzo humano, el secular esfuerzo por la dicha, que al fin daba la flor y embalsamaba la faena del obrero antes injusta, dura, ya libre, atractiva.

Salieron ambos séquitos, uno de casa del novio, otro de casa de la novia. Lucas conducía al héroe, Nanet, seguido de Josina y de sus hijos. Scourette llevaba á Nisa, hija adoptiva suya y de su hermano. Jordán aquel día había dejado el laboratorio, donde pasaba años como horas. Todo el pueblo de la nueva ciudad, que descansaba en señal de alegría, esperaba en la carrera para aclamar á la pareja. Brillaba el sol, las casas, alegres, lucían vivos colores; árboles y prados estaban llenos de flores y de aves. Detrás de la comitiva seguía la multitud de los trabajadores, un pueblo contento que invadió poco á poco los vastos talleres, anchos y altos como naves de antiguas catedrales. Llegaron al taller de la gran fundición, y fué estrecho á pesar de ser inmenso. Aparte de Lucas, los suyos y los Jordán, estaban allí los Boisgelin, Pablo, primo segundo de la novia, que había de casarse con Antonieta cuatro años después. Estaban los Bonnairre, los Bourron, hasta los Fauchard, todos los obreros cuyos brazos habían ayudado á esta victoria del trabajo. Habían pululado estos hombres de fe y de buena voluntad, éstos obreros del primer día: la muchedumbre de los camaradas presentes, ¿no era su familia agrandada, hermanos que eran más cada día? Eran cinco mil; serian diez mil, cien mil, un millón, la humanidad entera. Y la ceremonia, en medio de las máquinas poderosas floridas y orladas de guirnaldas, fué de una sencillez conmovedora y soberana.

Sonrientes, Lucas y Susana, pusieron la mano de Nanet en la de Nisa.

—Amáos con todo el corazón, con toda la carne, tened hijos hermosos que se amarán como vosotros os hayáis amado.

La multitud aclamó el amor, el amor rey, el que puede fecundar el trabajo haciendo la raza siempre más numerosa, inflamándola con el deseo, eterno foco de la vida.

Para ya aquello era demasiado solemne para Nanet y para Nisa, que se habían querido jugando, desde la infancia. En vano habían crecido los dos corderillos rizosos; seguían siendo dos juguetes con sus vestidos de fiesta, ambos de blanco. No se contentaron con el ceremonioso apretón de manos que les hicieron darse. Se echaron uno al cuello del otro.

—¡Ay, Nisa mía, qué dicha tenerte, después de esperarte años y años!

—¡Ay, mi Nanet, qué feliz soy siendo tuya, pues la verdad pura es que bien me has ganado!

—Nisa, ¿te acuerdas cuando tirándote por los brazos te ayudaba á saltar las paredes y cuando te llevaba á cuestras, á horcajadas, haciendo el caballo que se encabrita?

—¿Y te acuerdas, Nanet, cuando jugábamos al escondite, que acababas por encontrarme entre los rosales tan bien escondida que era morir de risa?

—¡Ay, Nisa, Nisa! Vamos á querernos como hemos jugado: mucho, mucho; con toda la fuerza de nuestra salud y de nuestra alegría.

—¡Ay, Nanet, Nanet, tanto hemos jugado, tanto nos queremos, que nos amaremos hasta en nuestros hijos, y jugaremos todavía con los hijos de nuestros hijos!

Y se besaban y reían y jugaban en el colmo de la dicha. Entusiasmada por tal espectáculo, arrastrada por una ola de alegría sonora, la multitud batió palmas, aclamó el amor todopoderoso que hace sin cesar más vida y más ventura. El amor fundaba la ciudad y sembraba la mies de hombres mejores para las próximas recolecciones de paz y de justicia. De pronto empezaron los cánticos, coros en que unas voces respondían á otras; los ancianos cantaban su reposo bien ganado, los hombres que aún trabajaban, su esfuerzo vencedor; las mujeres el dulce amparo de su ternura, los niños la confiada alegría de su esperanza. Luego hubo bailes, todo un pueblo saltando, y al final, cogidos todos de la mano en rueda sin fin, dieron vueltas horas y horas al son de músicas alegres por los talleres de la inmensa fábrica. Pasaron por el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores; por

el de los hornos de orisol; atravesó la rueda el de los tornos, volvió por el taller del vaciado del acero, llenando con la turbulencia de su ritmo y la alegría de sus estribillos las altas naves, donde no resonaba de ordinario más que el aliento heroico del trabajo. En otro tiempo, ¡se había sufrido tanto en el negro presidio sucio y malsano que se levantaba allí y que habían arrebatado á las llamas! Ahora el sol, el aire, la vida entraban libremente, y la ronda de la boda iba y venía alrededor de las grandes máquinas, los formidables martillos-pilones, las gigantescas garlopas que parecían sonreír bajo sus adornos de follaje y de flores, mientras los dos muchachos que se casaban, guiaban la danza como si fueran el alma de estas cosas, el mañana más fraternal y equitativo, asegurado por la victoria de sus largos amores.

Lucas preparaba una sorpresa á Jordán, queriendo festejarle también, pues sus trabajos de sabio iban á hacer más en bien de la ciudad que cien años de política. Cuando obscureció del todo, se iluminó toda la fábrica, millares de lámparas la inundaron con una alegre claridad de medio día. Era que las investigaciones de Jordán habían dado su fruto; acababa de encontrar, después de muchos fracasos, el modo de transportar la fuerza eléctrica sin pérdida ninguna, gracias á nuevos aparatos ingeniosos. En adelante se economizaba el transporte del carbón, se le quemaba al salir del pozo y las máquinas que transformaban la energía calorífica en energía eléctrica, la enviaban en seguida á la Crécherie por cables especiales sin que se perdiera nada, con lo que de repente bajó en una mitad el precio de fábrica. Era, pues, una primera gran victoria; la Crécherie iluminada con profusión, la fuerza repartida en abundancia con las grandes y pequeñas máquinas, el bienestar aumentado, el trabajo facilitado, agrandada la fortuna. Era un paso más hacia la dicha.

Cuando Jordán, ante aquella iluminación, comprendió el cariñoso intento de Lucas, se echó á reír como un niño.

—Amigo mío, á mí también me da usted un ramillete; y en verdad un poco sí lo merezco; recuerde

que hace diez años que vivo empeñado en la solución del problema. ¡Con cuántos obstáculos he chocado, qué de descalabros cuando ya me creía vencedor! No importaba, sobre las ruinas de mis fracasos volvía al día siguiente á la carga; siempre se llega cuando se trabaja.

Lucas reía también, lleno de su valor y de su fe.
—Bien lo sé; usted es el vivo ejemplo; no conozco mejor maestro de energía que usted. Yo me crié en su escuela. He aquí la noche vencida, en fuga las tinieblas; ya podremos con esta ola de electricidad barata, encender por encima de la Crécherie, al llegar el crepúsculo, un astro que reemplace al sol. Y ha ahorrado usted también gran parte del esfuerzo humano; basta ya un hombre donde se necesitaban dos, gracias á esta prodigalidad de la fuerza mecánica que suprimirá poco á poco el dolor. Le festejamos como al señor de la luz, del calor y de la fuerza.

Jordán, á quien Scurette había envuelto en una manta por miedo al fresco de la noche, seguía mirando á la fábrica inmensa que brillaba como un palacio encantado. Pequeño y débil, pálido, con su aspecto enfermizo de desahuciado, se paseaba por aquel esplendor de apoteosis. En diez años apenas había salido de su laboratorio, absorto en su trabajo. Sin saber casi nada de lo que pasaba fuera, confiando á su hermana y á su amigo la dirección de su vasto dominio, ahora se maravillaba de los resultados obtenidos; como si cayera de otro planeta, le asombraba el gran éxito de esta obra, de la cual era también autor, el más ignorado y más activo.

—Sí, sí—murmuró,—esto va bien; se ha ganado no poco terreno. Adelantamos; el porvenir soñado se acerca. Y le pido perdón, querido Lucas, por no haber creído en su misión. ¡Cuánto trabajo nos cuesta participar de la fe de los demás, cuando trabajan en otro terreno que nosotros! En fin, me ha convertido usted; pero aún le queda mucho que hacer, como á mí mismo, que ¡ay! no he hecho nada, comparado con lo que quisiera hacer todavía.

Se había quedado serio y pensativo.

—El precio de fábrica que hemos disminuído en

la mitad casi, aún es muy elevado; y luego, esas instalaciones complicadas y costosas junto á la boca de los pozos, las máquinas de vapor, las calderas, sin contar los kilómetros de cables, que sale tan caro conservar, todo eso es bárbaro y se traga tiempo y dinero. Hace falta otra cosa; algo más práctico, simple y directo. ¡Ah! yo bien sé en qué sentido debo buscar; pero tal investigación parece una locura, no me atrevo á decir á nadie la obra que he emprendido, pues ni yo mismo puedo explicarla con la debida claridad. ¡Sí, habría que suprimir la máquina de vapor, la caldera, que es el intermediario molesto entre la hulla extraída y la electricidad producida. Habría, en una palabra, que transformar directamente la energía calorífica del carbón en energía eléctrica, sin pasar por la energía mecánica. ¿Cómo? No lo sé todavía. Si lo supiera, el nuevo problema estaba resuelto. Pero en el trabajo y espero vencer. Entonces ya vería usted, ya vería usted, la electricidad no costaría casi nada, podríamos darla á todos, esparcirla, hacer de ella el victorioso agente del bienestar universal.

Se entusiasmaba, se crecía, con ademanes apasionados, él, tan mudo, tan reflexivo generalmente.

—Llegará el día en que la electricidad será de todo el mundo, como el agua del río, el viento del cielo. Habrá que darla, prodigarla. Circulará en los pueblos como sangre de la vida social. En cada casa bastará dar una vuelta á simples llaves para que haya con profusión fuerza, calor, luz, como ahora hay agua. Y de noche se encenderá otro sol que apague las estrellas. Suprimirá el invierno, hará nacer el eterno estío recalentando el viejo mundo, subiendo hasta las mismas nubes á derretir la nieve. Por eso no estoy muy orgulloso con lo hecho, que es muy poco, comparado con lo que falta.

Y concluyó con aire de tranquilo desdén:

—Ni aun puedo poner por obra prácticamente mis hornos eléctricos para la fundición del hierro. Siguen siendo hornos de laboratorio, de experimento. La electricidad aún es muy cara para que pueda emplearse con provecho; no ha de costar más que el agua y el aire. Cuando pueda darle sin medida, mis hornos

transformarán la metalurgia. Y bien conozco el único camino y he vuelto al trabajo.

La fiesta nocturna fué maravillosa. Volvieron los bailes y los cánticos en los talleres iluminados, donde todo el pueblo celebraba la boda. Lo que brillaba en la alegría de todos era el trabajo emancipado, honroso, sano, alegre; la miseria vencida, la fortuna pública que iba siendo de todos y la esperanza de un porvenir que realizará el sueño fraternal de una sociedad solidaria y libre. El amor haría el milagro; y al amor se aclamaba al conducir á Nanet y á Nisa á su casa nupcial.

Por este tiempo, el amor causó también una revolución en la burguesía de Beauclair; y sopló la tempestad en el hogar de los pacíficos Mazelle los rentistas, los honrados perezosos. Su hija Luisa siempre los había sorprendido y trastornado con su carácter tan diferente del suyo, activa, emprendedora, siempre atareada. Sus padres, que ponían la felicidad en no hacer nada, no se explicaban aquella agitación inútil. Era hija única, iba á tener una gran fortuna en sólidas rentas del Estado, ¿no era locura el no encerrarse en su rincón de paz al abrigo de los disgustos de la vida? Ellos se contentaban con su dicha egoísta, sin ventanas á la desgracia ajena, muy honrados, muy afectuosos, muy compasivos para consigo mismos sino para con los demás, adorándose, cuidándose, mimándose como tiernos y fieles esposos. ¿Por qué á su hija le interesaba el mendigo que pasaba, las ideas que cambiaban el mundo, los sucesos que turbaban la calle? Todo la importaba; apasionada, temblorosa, daba un poco de su existencia á todos. Por el mismo contraste la adoraban más sus padres, estupefactos. Y acabó de trastornarlos con un arranque de pasión que ellos, descuidados, creyeron simples amoríos, pero que se agravó hasta el punto de hacerles temer el fin del mundo. Luisa Mazelle, que seguía siendo muy amiga de Nisa Delaveau, la veía á menudo en casa de los Boisgelin desde que éstos estaban instalados en la Crécherie. Allí había encontrado otra vez á Luciano Bonnaire, su antiguo camarada cuando ella se esca-

paba á jugar con los pilletes de la calle. Ambos eran de la partida cuando la famosa aventura del barco de Luciano, que navegaba solo, y también cuando se trataba de saltar las paredes. Pero ahora Luciano era un guapo mozo de veintitrés años, y ella tenía veinte. Si él no hacía barquichuelos que navegaban solos, había llegado á ser, guiado por Lucas, un obrero mecánico muy inteligente, de mucha inventiva, destinado á prestar grandes servicios á la Crécherie, donde ya se ocupaba en montar máquinas. No era un señorito; tenia cierto orgullo en continuar siendo obrero, como su padre, á quien veneraba.

En la pasión que inspiraba    Luisa, entraba por algo el espíritu que la conducía    contrariar las ideas burguesas,    no hacer lo que solian los de su clase. La antigua amistad pronto fué pasión, irritada con los obstáculos. El, impresionado por el cariño, también la queria ya profundamente. Pero era más prudente, no queria chocar con nadie; y pensando que era demasiado fina, demasiado rica para él. Sólo decia que, de perderla, jams   se casaría. Pero ella enloquecía sin más que suponer que no les dejaran casarse, y hablaba de dejar fortuna y todo para irse con él.

Seis meses duró la lucha. En casa de Luciano, este matrimonio, que debia halagarles, se veia con sorda desconfianza. Bonnaire hubiera preferido para Luciano la hija de un compa  nero. Los tiempos habian cambiado, ya no era motivo de vanidad ver á su hijo ascender en la escala social, del brazo de una joven de la burguesia agonizante. Pronto el provecho sería para el burgués, si adquiria sangre roja, salud y fuerza en alianzas con el pueblo. Habia riñas en casa de Bonnaire con este motivo, pues su mujer, la terrible Pelos, por orgullo hubiera consentido, pero    condición de hacerse ella también señora, con hermosos vestidos y alhajas. Nada de la evolución que se realizaba en torno de ella habia podido cambiar su afán de dominar y aparentar; seguia con su carácter detestable, á pesar de la holgura asegurada con que ahora vivian, y culpaba    su marido porque no habia hecho fortuna, como el señor Mazelle, por ejemplo, mozo listo que no trabajaba hacia mucho tiempo. Ella hu-

biera querido lucir sombreros, darse tono en paseo, gozando de la riqueza. Al oir    Luciano declarar que, si se casaba con Luisa no entraria en su casa ni un cuarto de los Mazelle, acabó de perder la cabeza y se declaró contra un enlace que no le daba provecho.   Para qué casarse con aquella joven tan menuda, nada bonita, tan particular, si no era por su dinero? Seria el colmo de tantas cosas raras y molestas como estaba viendo hacia tanto tiempo.

Una tarde hubo una explicación borrascosa entre la Pelos, Bonnaire y su hijo Luciano, en presencia del t  o Lunot, que aún vivia, con más de setenta años. Fu   después de comer, en el reducido comedor, limpio y alegre, cuya ventana daba al verdor del jardín. Habia flores en la mesa, siempre abundantes. El t  o Lunot, que ahora tenia tabaco    discreción, acababa de encender la pipa, cuando, á los postres, torci   el gesto la Pelos, se enfad   por cualquier cosa, por el gusto de reñir, según costumbre.

—  De modo—dijo    Luciano,—que es cosa hecha; te has de casar con esa señorita? Hoy te he visto con ella, delante de la casa de Boisselin. Si me quisieras algo, ya la habrias dejado, pues sabes que ni á tu padre ni    mi nos gusta el tal matrimonio.

Luciano, buen hijo, evitaba las discusiones, que además, eran inútiles. Se volvió hacia Bonnaire.

—Pero—respondió sencillamente,—creo que mi padre está dispuesto á consentir.

Fu   esto para la Pelos como un latigazo, que le hizo descargar la furia sobre su marido.

—  C  mo es eso?   Con que das tu consentimiento sin avisarme?   No hace quince días que te parecia mal esa boda?   Das vueltas como una veleta?

Tranquilamente, le respondió Bonnaire:

—Hubiera preferido que el muchacho hubiese escogido otra. Pero tiene cerca de veinticuatro años, y no quiero, en asuntos del corazón, imponerle mi voluntad. Sabe cómo pienso; hará lo que mejor le está.

—  Muy bien!—grit   la Pelos.—Pronto te conformas; te crees libre y acabas siempre por decir amén de todo. Va    hacer veinte años que est  s aquí con el señor Lucas, repites que no piensa como tú, que se

hubiera debido empezar apoderándose de los instrumentos de trabajo, sin aceptar el dinero de los burgueses; pero esto no quita que sigas al señor Lucas, y á estas horas puede que te parezca bien lo que habéis hecho juntos.

Y continuó procurando herirle en lo vivo. Muchas veces le había irritado, tratando de ponerle en contradicción consigo mismo. Pero ahora se contentó con encogerse de hombros.

—Ciertamente; lo que hemos hecho juntos está bien. Puedo sentir todavía que no haya seguido mis ideas; pero tú eres la última que debes quejarte, pues no sabemos lo que es la miseria; somos dichosos; ningún hacendado de esos con que sueñas está como nosotros.

No cedió ella.

—Te agradecería que me explicaras todo lo que pasa aquí; nunca he comprendido palabra. Si tú eres feliz, mejor para ti; yo no lo soy. La felicidad consiste en tener mucho dinero, retirarse y no hacer nada. Con todos esos líos de reparto de beneficios, almacenes con rebaja, bonos y cajas, nunca tendré cien mil francos míos, en mi bolsillo, para gastarlos á mi antojo, en cosas que me agraden. ¡Soy desgraciada, soy desgraciada!

Exageraba, por molestarle; pero era cierto que no se había aclimatado á la Crécherie; sufría con un atavismo de mujer coqueta y castiza cuyos instintos contrariaba la solidaridad comunista. Buena ama de su casa, limpia y activa, tena un carácter detestable, testaruda, limitada, y su casa segua siendo un infierno.

Bonnaire, sin contenerse, dijo:

—¡Estás loca; te haces y nos haces desgraciados!

Sollozó ella; su hijo, á quien tanto disgustaban tales reyertas, tuvo que besarla, asegurándole que la querfa, que la respetaba; pero ella, encarnizada, prosiguió, vuelta á su marido:

—¡Anda, pregunta á mi padre lo que piensa de vuestra fábrica por acciones y de esa famosa justicia y ventura que van á salvar el mundo! Es un antiguo obrero, no le acusar s de decir tonterfas como una

mujer; tiene setenta años, debes creer en su buen juicio.

Y volviéndose al t o Lunot, que chupaba el tubo de su pipa con beatitud infantil, dijo:

—¿No es verdad, padre, que son idiotas con todas sus artimañas para prescindir de los patronos, y que ellos son los que han de salir perdiendo?

El anciano, pasmado, la mir , antes de responder con voz opaca:

—Claro que sí. Los Ragú y los Qurignon, ¡ah, eran camaradas en otro tiempo! Hubo el señor Miguel, que me llevaba cinco años. Yo entr  en la fábrica en tiempo del señor Jerónimo, su padre. Pero antes de esos dos, habfa habido un señor Blas, con el cual trabajaron mi padre Juan Ragú y mi abuelo Pedro Ragú. Pedro Ragú y Blas Qurignon eran dos compañeros; dos obreros tiradores que golpeaban en el mismo yunque. Y ahf tenéis: los Qurignon son patronos archimillonarios y los Ragú siguen siendo unos pobres maricas. Siempre se vuelve á lo mismo, las cosas no pueden cambiar, y hay que creer que est n bien asf.

Divagaba un poco en su somnolencia de res coja, muy vieja y olvidada, que escap  por milagro del matadero común. Muchas veces no se acordaba de los sucesos de la víspera.

—Pero, t o Lunot—dijo Bonnaire,—justamente las cosas est n cambiando mucho. El señor Jerónimo ha muerto y ha devuelto todo lo que le quedaba de su fortuna.

—¿Cómo que ha devuelto?

—Sf, ha devuelto á los compañeros la riqueza que debfa á su esfuerzo, á su largo sufrimiento. Acu rese usted, ya hace mucho tiempo.

El anciano escarbaba en su memoria.

—¡Ah, bueno, bueno, ya me acuerdo; aquella historia tan extra a! ¡Pues bueno! ¡si ha devuelto es un imbécil!

Dijo esto con claro desprecio, pues nunca habfa soñado más que con hacer fortuna, como los Qurignon, y ser amo, señor ocioso, y divertirse. No habfa pasado de ahf, como toda la generación de viejos esclavos explotados y despeados que se resignaban con sus ca-

denas, que sólo sentían no haber nacido explotadores.

La Pelos soltó una carcajada insultante.

—¡Ya lo ves, mi padre no es tan bestia como vosotros, no pide peras al olmo! El dinero es el dinero, y cuando se tiene dinero se es el amo, y no hay más.

Bonnaire volvió á encogerse de hombros, mientras Luciano, silencioso, miraba por la ventana los rosales floridos del jardín. ¿Para qué discutir? Era ello el pasado testarudo. Moriría en el paraíso comunista, en el seno de la ventura fraternal, negándolo, echando de menos el tiempo de negra miseria en que esperaba á economizar diez cuartos para correr á comprarse una cinta.

Babette Bourron entró en aquel instante alegre como siempre, encantada sin cesar en la nueva situación. Gracias á su optimismo sonriente, había ayudado á salvar á su marido, Bourron el simple, de la sima en que había caído Ragú. Siempre había confiado en el porvenir, segura en que todo se arreglaría; si faltaba pan, se lo figuraba caído del cielo. Aquella Crécherie era un paraíso que se realizaba. Su cara de muñeca, fresca aún, bajo un trapo atado como quiera, brillaba con la alegría de haber curado á su marido de la bebida, y de tener dos hijos hermosos que pronto casaría, en una casa propia, hermosa y alegre como la de los ricos.

—¿Conque está decidido? ¿Se casa Luciano con Luisa Mazelle?

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—preguntó la Pelos de mal talante.

—Pues Josina. La señora Froment, á quien encontré esta mañana.

La Pelos se puso blanca de cólera contenida. En su irritación contra la Crécherie, lo principal era su odio á Josina; nunca había perdonado á «aquella perdida», su unión con Lucas, la suerte de ser la mujer del héroe. ¡Y decir que algún día aquella miserable criatura se moría de hambre arrojada á la calle por Ragú, por su hermano! Ahora se creía humillada por ella, cuando la encontraba con sombrero, como una

señora. Y esta dicha ajena era lo que ella nunca aceptaría.

—Josina—dijo con tono brutal,—en vez de ocuparse en matrimonios que no la importan, haría mejor en procurar que se olvidara el suyo, que se celebró la semana de los tres jueves. Y además, ya me fastidian todos, conque dejadme en paz.

Salió, dando un gran portazo, dejándolos en silencio embarazoso. Babette se echó á reír acostumbrada á los modales de su amiga, á quien disculpaba. A Luciano se le saltaron las lágrimas, pues era su vida lo que se discutía entre tanto mal humor. Pero su padre le apretó la mano como prometiéndole arreglar las cosas. Mas á él también le entristecía ver que la felicidad, aun entre la paz y la justicia, estaba á merced de las querellas del hogar.

Si Luciano esperaba que al fin sus padres consentirían, Luisa encontraba en los suyos mayor resistencia. Por lo mismo que la adoraban, no cedían, luchando sin ásperas disputas, con la inercia bonachona, á ver si la cansaban. En vano ella hacía en casa mucho ruido y mil extravagancias. Ellos, sonrientes, fingían no comprender, y la hartaban de golosinas y regalos. Amenazó con ponerse mala. Vino Novarre, dijo que de tales enfermedades no entendía él, que allí no había más medicina que casar á la chica. Los Mazelle resolvieron consultar con sus amigos. Les parecía lo que Luisa quería hacer, una abdicación de la clase, y era natural que intervinieran los personajes, las autoridades. Una tarde invitaron á Chatelard, á Gourier, á Gaume y á Marle á que vinieran á tomar una taza de té en su jardín, templo de la pereza, entre rosas.

—Haremos lo que nos digan—dijo Mazelle.—Saben más que nosotros y nadie podrá criticarnos. Yo ya estoy como tonto.

—Y yo—dijo su señora.—Esto no es vivir; y figúrate para mi enfermedad.

Llegaron primero á la cita el subprefecto y el alcalde. Seguían siendo inseparables; parecía haberlos unido más la muerte de la hermosa Leonor. Durante cinco años la habían cuidado inválida, clavada en una

butaca por una parálisis en las piernas; el amigo fiel, cuando el esposo faltaba, le suplía velándola, leyendo lo que ella quería. Leonor murió en brazos de Chatelard, de repente, una tarde que la ayudaba á tomar una taza de tila mientras Gourier fumaba fuera. Cuando éste entró, horaron juntos. Ahora apenas se separaban, en los ocios que la administración de la ciudad les dejaba. Gourier había seguido el ejemplo de Chatelard; sólo administraba teóricamente. La evolución nadie la detendría. El alcalde, sin embargo, admitía con trabajo tan amable filosofía. Se había reconciliado con su hijo Aquiles, que había tenido de Azulina una niña deliciosa, Leonia, de ojos azules como su madre, ojos de infinito cielo azul; y ahora, casadera ya, cerca de los veinte años, había seducido al abuelo, que se había resignado á abrir la puerta al matrimonio irregular. Era duro, decía, para un alcalde, magistrado civil del matrimonio, aceptar en su casa á la pareja revolucionaria casada á la luz de las estrellas, una noche caliente en que olla bien la tierra. Gourier, influido por Chatelard y reconciliado con los suyos, ya no miraba con tan malos ojos á la Crécherie. El magistrado y el cura se hicieron esperar, y los Mazelle, impacientes, empezaron á explicarse con los otros; ¿debían resignarse ante el capricho irracional de su hija?

—Ya comprende usted, señor subprefecto—dijo Mazelle inquieto, pero dándose tono,—aparte de nuestro disgusto personal, hay que contar con el deplorable efecto social, con la responsabilidad. Vamos al abismo.

Estaban á la sombra, templada, perfumada por rosas trepadoras ante una mesa con alegre mantel de colores, cargada de pastelillos; y Chatelard, siempre correcto y de buen aspecto á pesar de la edad, sonrió con ironía discreta.

—En el abismo ya estamos, señor Mazelle. No se inquiete usted por el Gobierno ni por la Administración, ni por la buena sociedad; todo eso sólo existe ya en apariencia. Gourier sigue siendo alcalde, yo subprefecto; pero como detrás no hay verdadero Estado, somos fantasmas. Este paso llevan los ricos y poderosos, pues la nueva organización del trabajo les va qui-

tando poder y fortuna. No hay á quien defender; ellos mismos, por un vértigo, ayudan á la revolución. No resista usted; entréguese.

Le gustaban estas bromas, que aterraban á los últimos burgueses en Beauclair. Pero decía la verdad, burla burlando. En París se realizaban muy graves acontecimientos; el viejo edificio caía piedra á piedra, y dejaba el sitio á una constitución transitoria que anunciaba la ciudad futura de justicia y de paz. Contento, viéndose olvidado en un rincón de provincia, allí pensaba morir tranquilo con su régimen, con aire sonriente de filósofo y hombre de mundo.

Los Mazelle palidecieron. Ella, arrellanada en su butaca, miraba á los pasteles; el marido exclamó:

—¿Cree usted verdaderamente que tan amenazados estamos? Sé que se habla de reducir la renta.

—La renta se suprimirá antes de veinte años, ó se irá reduciendo progresivamente hasta desposeer á los rentistas. El proyecto está en estudio.

La señora Mazelle suspiró, como si entregara el alma.

—¡Oh! nosotros ya habremos muerto, no veremos esas infamias. Pero cogerán á nuestra pobre hija, razón de más para obligarla á casarse bien.

Chatelard, implacable, añadió:

—Pero si ya no habrá matrimonios ventajosos, pues que la herencia va á desaparecer. Es cosa resuelta casi. Cada familia, en adelante, tendrá que labrarse su propia dicha. Que se case Luisa con un burgués ó con un obrero, su capital será el mismo; el amor, si tienen la suerte de amarse; la actividad en el trabajo, si saben no ser perezosos.

Callaron; se oyó el ruido de las alas de una curruca que revoloteaba entre los rosales.

—Entonces—preguntó Mazelle anonadado,—¿es ese el consejo que usted nos da? ¿Según usted, podemos aceptar por yerno á ese Luciano Bonnaire?

—Dios mío, ya lo creo. La tierra no dejará de seguir dando vueltas en paz por eso. Y si los chicos se adoran, están ustedes seguros de hacer á dos seres felices á lo menos.

Gourier nada había dicho todavía. No estaba á gus-